

virtud que tantos santos ha formado, y que Vos habeis ennoblecido practicándola, á fin de que sirviendo con ella á vuestro Hijo santísimo en la tierra, acatando su ley, obedeciendo sus mandamientos, no resistiendo jamás sus dulces inspiraciones, logremos con Vos servirle en el cielo por los siglos de los siglos. Amen.

**SERMON PARA EL DIA VEINTIOCHO.**

(SESTO DE LA NOVENA.)

**María Santísima en el Calvario ha glorificado la paciencia; y la ha glorificado para enseñanza del cristiano, y para que con ella sea glorificado.**

*Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*  
Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Una de las situaciones mas frecuentes y difíciles de la vida es aquella, A. H. M., en que el hombre siente sobre su cabeza el peso abrumador de la desgracia. El Espiritu Santo ha enumerado las calamidades que nos afligen en la tierra de una manera tan elocuente y adecuada que no podemos sustituirla por cualquiera otra, porque nos ha dicho: que «una grande molestia fué destinada para los hombres todos, y un yugo pesado sobre los hijos de Adan desde el dia en que salen del vientre de su madre, hasta el dia de su entierro en la madre de todos que es la tierra. Sus cuidados y los temores del corazon, la aprension de los males que aguardan, y el dia de la muerte. Desde aquel que viste jacinto y trae corona, hasta el que viste lino crudo: zaña, celos, alborotos, perplejidad y temor de muerte, ira pertináz y contiendas; además

de esto muerte, sangre, contienda y espada, opresiones, hambre y quebranto y azotes.»

En tales situaciones, que comprendereis no dejan de ser frecuentes y harto sensibles y penosas; ¡cuán «necesaria nos es la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios alcancemos la promesa!» como nos encarga el Apóstol; porque, siendo la paciencia una virtud con la cual sufrimos con ánimo tranquilo los males de este siglo, de tal manera que ni interiormente nos turbemos y lleguemos á contristarnos sin moderacion, ni exteriormente obremos cosa que sea inconveniente, llegamos á persuadirnos «que lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo mas maravilloso un peso eterno de gloria,» en frase de ese mismo apóstol, nos merece una gloria, cuya solidez y excelencia es infinita y eterna, sabiendo, como sabemos «que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros.» De esta manera alcanzamos el fin último de nuestras aspiraciones, que es la bienaventuranza en Dios; y de aquí el que podamos decir con San Pablo: «nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza, y la esperanza no trae confusion» no queda defraudada nunca porque está fundada en la bondad y en las promesas de Dios.

Para robustecernos en esa santa virtud, con la que segun el testimonio de nuestro divino Maestro «poseeremos nuestras almas,» seremos señores de nosotros mismos, asegurando por ella la vida eterna, hay necesidad de contemplar la paciencia en su mas alto grado de perfeccion, resplandeciendo en una criatura inocente y santísima, que sufrió todo linaje de tribulaciones, de ultrajes y angustias hasta glorificar esa virtud á la que están vinculadas tan señaladas y grandiosas recompensas. Ya habreis comprendido que esa pura criatura no es, no ha podido ser otra que la Santísima Vir-

gen María en las alturas del Calvario. En ese teatro de los padecimientos acerbos de su divino Hijo Jesus, nuestro Salvador, en ese estrado de todos los tormentos del cuerpo, y de todas las angustias del alma, donde las malas pasiones se han conjurado contra el Hijo y contra su benditísima Madre; allí donde se ejecuta el sangriento drama de la pasion y la muerte de Jesus, en el que María toma una tan grande parte, esta nuestra cariñosa Madre ha experimentado todos los sufrimientos, y los ha sobrellevado con ejemplar paciencia. «El Señor, que es poderoso y cuyo nombre es santísimo había querido engrandecer á María su Madre, su Hija y su Esposa con todas las virtudes,» como habreis tenido lugar de aprender en los dias del presente mes, y mas particularmente en los de la actual devota novena que venimos consagrando al culto de María, y á nuestra propia edificacion. Pues bien; ese mismo Señor quiso que la paciencia fuese una de las estrellas que adornan la frente siempre pura de la purísima María, paciencia tan singular, tan acrisolada, que no podemos menos de sorprendernos al contemplarla, y que justifica indudablemente esta palabra de nuestra bendita Madre: «El Señor, cuyo poder no tiene limites, y cuya santidad es infinita, ha obrado conmigo cosas grandes:» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* Y grande es en efecto, A. H. M., sufrir con santo heroismo los profundos dolores que le ocasiona la pasion y la muerte de su divino Jesus. Por ello pretendo desenvolver este doble pensamiento asunto de mi discurso: La Santísima Virgen María en el Calvario ha glorificado la paciencia, y glorificándola nos ha dado una elocuente enseñanza que debemos practicar, para que con esta virtud, que Dios inspira y que nuestra Madre nos enseña, seamos glorificados en el cielo: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Asunto es este, A. H., que á todos conviene meditar con seriedad y aprovechamiento. Para que así suceda imploremos

el soberano auxilio del Espíritu Santo por la mediación eficaz de nuestra dulce Madre, á quien deberemos saludar con el

### AVE MARÍA.

#### I.

Nos basta pensar un momento en que la Santísima Virgen María es la Madre de Jesús, nuestro Salvador, para saber que toda su vida fué una serie no interrumpida de sinsabores y profundas tribulaciones; porque si de este Señor nos ha dicho Isaías que «lo vió despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos:» *vir dolorum et scientem infirmitatem*, siendo María la Madre de Jesús, y habiendo identificado con Él sus destinos, esos trabajos, esos dolores, esas humillaciones y desprecios habian de ser precisamente su patrimonio sobre la tierra. De Jesús se dice además por ese mismo profeta que «se ofreció porque Él mismo lo quiso á todos esos dolores, trabajos y sacrificios, y que como cordero que enmudece delante del que lo trasquila, así Él no abrirá sus labios:» *quasi agnus coram tondente se obmutescet et non aperiet os suum*. María no podía menos de observar esta conducta, ofreciéndose, como se había ofrecido, á ser «la esclava del Señor, y que en Ella se cumpliera en todo la voluntad divina,» revelando de esta manera su admirable paciencia que la llevaba desde luego á soportar con resignación todo linaje de penalidades durante su vida. No pretendo yo en este día recorrer todas las páginas que registra la historia de la Virgen Madre de Dios para aducir hechos que prueban su santa paciencia en los trabajos y contradicciones. ¡Ah! nos basta ciertamente contemplar á María en el Calvario para comprender que ha glorificado esa virtud; porque no ha desplegado sus labios en sus sufrimientos,

ni aun ha manifestado estos con sus lágrimas; porque no se ha apartado de ese estado de dolores en que tanto padece; porque ha deseado en fin las aficciones que devoran su alma bendita, patentizando con esta conducta admirable que «el Señor, que es poderoso, y santo su nombre ha obrado con María cosas grandes:» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

Todos sabemos, A. H. M., que el periodo de la vida de Jesús mas difícil y sorprendente, el mas crítico y solemne fué aquel en que, permitiendo á sus implacables enemigos el completo desahogo de sus malas pasiones, y al infierno toda su saña, les dijo: «Es llegada vuestra hora, y el poder de las tinieblas.» Ese periodo, para siempre memorable, comprende desde la entrada de Jesús en Jerusalem entre las aclamaciones de todo un pueblo que le llama rey, hasta que ese mismo pueblo embriagado de furor, escarnece en el Calvario la majestad real que ha confesado en Jesús; ultraja su divinidad, y entre los vituperios y las risas mofadoras le ve espirar en el madero de la cruz. La Santísima Virgen María, la mujer de corazón sensible cual ninguna, la Madre cariñosa y compasiva ha presenciado alguna de las escenas que han tenido lugar en ese periodo, y principalmente la mas trágica de todas ellas, la escena del Calvario; el cielo y la tierra parece que de consuno han trabajado para hacer mas acerbos é ignominiosos los últimos momentos del Salvador del mundo que se ha ofrecido hostia y oblación por los pecados de todos los hombres; en el Calvario el infierno ha desplegado toda su rabia contra Jesús; en el Calvario los escribas y fariseos, los judíos y los romanos, los apóstoles mismos del Crucificado, todos y cada uno á su modo han contribuido á hacer mas penosa la agonía de Jesús, y María todo lo ha visto, todo lo ha oído, y «la espada de que le hablaba Simeón en el templo ha traspasado de parte á parte su benditísimo corazón:» *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*.

En situación tan solemne, no podemos negarlo, la amargura de los sentimientos que destrazan el corazón de la Madre de Jesús, se revelan en su semblante pálido y descompuesto, en la tristeza profunda que se retrata en sus miradas, en la nube de angustias que oscurece su frente purísima. Empero, ¿quién la ha oído la menor queja, la mas pequeña y ligera reconvención? ¿Quién la ha visto en casa de Herodes ó de Pilato para protestar de la sentencia fulminada contra el Amado de su corazón? ¿Quién ha apercibido un solo gemido de su corazón anegado en honda é incomprensible amargura? ¡Ah! «el milagro de su sufrimiento, diré con un escritor, es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razón ó esplicacion de la profecía, ni ahora en el Calvario hace oír una sola queja por su cumplimiento. Su temor entonces no fué inquieto; ni ahora su dolor es impaciente. Su aflicción llega á su colmo; y sin embargo, Ella no da un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y sin embargo, su ánimo no se abate; Ella está en pié, inmóvil, constante y sublime con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor,» ha dicho San Amadeo: *nec dolor excusit lacrymas, nec animam poena dejecit. Stabat sublimissima quadam animi magnanimitate.* María glorificaba la paciencia con el silencio, y mejor que el santo rey David en presencia de sus enemigos, pudo decir en el Calvario, penetrada de las altísimas consideraciones que ocupaban su alma: «Enmudecí y no abrí mi boca para quejarme, porque tú permitas mi tribulación, y tú tambien impedias que murmurase: *Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti.* Mis amigos y mis mas allegados se acercaron y pusieron contra mí, y los que me buscaban males hallaron vanidades, y todo el día maquinaban engaños; mas yo me hice como aquel que no oye y que no tiene en su boca réplica:» *non habens in ore suo redargutiones.*

María glorificaba además la santa paciencia hasta lle-

varla al heroísmo, permaneciendo en el Calvario á la vista de su divino Hijo que padecía inocentemente, y de sus verdugos que con tanta crueldad le atormentaban. Vosotros sabéis, A. H., que no es conforme á las reglas de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no puede dar ningun socorro. Los parientes, los amigos, y aun los mas indiferentes ejercen en tales casos la compasión alejando á una madre, no digo del suplicio, sino del lecho de dolor en que espira el hijo de sus entrañas. Esto lo habeis practicado, ó lo habeis intentado al menos mas de una vez para que la vista de los dolores y de la agonía del hijo, no atormenten las miradas y el corazón de la madre. Pues en el Gólgota ni María esposa de Cleofas, ni María Magdalena, ni Juan el discípulo amado de Jesús, ni las demás mujeres que habian acompañado á la Santísima Virgen la suplicio de su Hijo, se han ocupado por compasión de alejar de la cruz á esta angustiadísima Madre; ni los príncipes de los sacerdotes, ni los fariseos, ni los escribas, ni aun los soldados romanos que asisten á la ejecución han pensado en ello tampoco, aunque no fuera mas que para quitar al Señor el consuelo de morir viendo á su Madre. Esta asiste á la crucifixión, cuyos horribles pormenores considera; allí ve á los verdugos sortear la túnica inconsutil que en dias tranquilos habian tejido sus manos para el Hijo de su alma, y que con indiferencia se la reparten; allí sus ojos entristecidos recorren una por una en el cuerpo del santísimo Jesús las llagas sangrientas de donde mana la salvación de los hombres; allí oye los groseros sarcasmos, las horribles blasfemias que profieren aquellos hombres sin creencias y sin corazón contra el inocente ajusticiado que es su Hijo y su Dios, y allí sin embargo María permanece de pié junto á la cruz: *stabat juxta crucem*; y permanece resignada, y poseída de heroica paciencia, revelando en su noble actitud toda la intrepidez, toda la grandeza, y toda la heroicidad de

su magnánimo corazón. Sin duda el Señor obraba en María cosas grandes y maravillosas en aquellos supremos momentos, comunicándole la más santa y heroica paciencia: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

No puede suceder de otra manera; porque María no podía desmentir la elevación de su rango; María asiste á esas escenas de dolor, á esa muerte que no tiene ejemplo como una madre que tiene á un Dios por hijo; su paciencia era la heroicidad de la Madre santísima de Dios. Las demás madres no han llegado jamás á ese grado de abnegación y de cristiano heroísmo. Recordad y si no á la sierva de Abraham en el desierto de Betsabé. Agar, esta desgraciada madre contempla á su pobre hijo Ismael en la agonía á causa de la sed que lo abraza. «Yo no tengo valor para ver morir á mi hijo,» dice; lo coloca al pié de un árbol; lo deja allí moribundo; se retira á la distancia de un tiro de saeta, y sentándose sobre una piedra hace resonar los aires con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor: *non videbo morientem puerum... Et sedens contra, levavit vocem suam et flevit.*

El heroísmo de la Virgen Santísima y su santa paciencia llegan hasta el último grado de la perfección; hasta desear las aflicciones que tan cruelmente devoran su sensible corazón. Porque, ¿no es desear esas aflicciones el buscarlas, A. M.? Pues bien: María las busca; María semejante á la Esposa de los Cantares «recorre las calles y las plazas de Jerusalem, impaciente por encontrar al que ama su corazón» que camina al sacrificio, para glorificar la paciencia presenciando en el Calvario, ese suplicio de ignominia que, lejos de evitarlo, lo quiere y lo desea. No revelan otra cosa estas palabras que un sábio escritor pone en boca de la Madre bendita y angustiada de Jesús: «Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere y la salvación de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que yo lo vea terminar esa vida que yo misma

le di:» *videbo morientem puerum.* Agar era la madre de un simple hombre, y su conducta ya la sabeis; María es la Madre de Dios, y debía obrar así, debía presenciar la muerte de su divino Hijo, porque en el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la víctima que se sacrifica; debía ofrecer un ejemplo magnífico de paciencia que superase á los de todos los santos en sus deseos de padecer por Cristo, «gloriándose de buena gana en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, para que resplandezca en Ella la virtud de Cristo:» *libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi;* ejemplo sublime que debe servirnos, A. H., de elocuente enseñanza en las contradicciones que todos experimentamos en el curso de la vida para imitarlo con fidelidad.

## II.

«El Señor que es todopoderoso y cuyo nombre es santo, hemos visto que ha obrado en la Santísima Virgen María cosas maravillosas» inspirándole la heroica paciencia que ha glorificado esta Señora en el Calvario. Es verdad que nosotros, A. H. M., no hemos sido tan favorecidos del cielo con los inefables carismas de gracia con que lo ha sido nuestra Madre bendita. Sin embargo, el Señor «nuestro Dios que es fiel, no permitirá que seamos tentados en las contradicciones de la vida más allá de nuestras fuerzas, según testimonio del Apóstol; antes bien hará que saquemos provecho de la misma tentación para que podamos perseverar» saliendo victoriosos de esas contradicciones y combates; y tanto es así que ese mismo apóstol, alentándonos para la paciencia nos ha dicho: «Yo todo lo puedo en Aquel que me fortalece:» *omnia possum in eo qui me confortat.* La necesidad de la paciencia no puede ponerse en duda, porque indudables son